



7550

Una entrevista con Don Manuel Sanguily

Por AGILEO DARIAS

-1-

Don Manuel reside en la Vibora, Avenida del General Gómez y Flores, en una vivienda amplia, de dos pisos, cómoda, siempre bañada por el aire, rodeada de árboles y flores. Allí vive él, entre sus libros, leyendo constantemente y lamentándose cuando así no puede hacerlo; aparentemente alejado de todas las cuestiones públicas de Cuba, pero en realidad observándolas y sintiéndolas.

Momentos después de haber llegado nos hizo pasar a la biblioteca, en la que los libros, colocados en anaquelos van desde el suelo hasta el techo. Instantes después comenzó la entrevista, que iniciamos con esta pregunta:

—Don Manuel, hay una etapa en la vida de usted que es la que más nos atrae: aquella de sus años en El Salvador.

—¡Ah, sí, "El Salvador"! Bien, yo entré en ese colegio muy pequeño. Tendría a lo sumo 8 ó 9 años y estuve en él 4. Compañeros de estos fue que murió Don Pepe, y el mismo año de su muerte, el 62, abandoné sus aulas. Por consiguiente contaba entonces de doce a 13 años. Recuerdo perfectamente la figura de Luis y Caballero y puedo decir que fui, durante los últimos años de su vida, su amanuense. Escribía a menudo diferentes cosas, y nunca las hacía sin mí. Siempre, para que le escribiera, porque yo tenía buena letra, me mandaba buscar al salón de clases y me dictaba. Recuerdo que de vez en cuando, golpeándose con ussidad la cabeza o los hombros, me decía: ¡Qué dice el Manuel de los Manositas!

Sanguily quedó un rato en silencio, recordando, sumergido sin duda en aquel pasado pasado de su niñez. Después prosigue:

—Muchas veces, también, lo vi almorzar y me llamaba junto a su mesa para decirme la frase de costumbre: ¡Qué dice el Manuel de los Manositas! Cuando yo llegué a El Salvador, ya don Pepe no explicaba nada, no daba ninguna clase. De ahí que al correr de los años, cuando me decidí a hacer aquellos apuntes de su vida en el Estudio Crítico, (ya iniciado, como usted sabe, en la Revista Cubana de Varona el 25), me vi en la necesidad de leer sus trabajos, dispersos en periódicos y revistas, para informarme de su filosofía. Y le digo esto porque si yo le hubiera oído explicando en El Salvador en aquella época, es claro que mi labor, entonces, hubiera sido menos impecable de lo que fue. Hice aquellos trabajos sobre don Pepe, porque a él se le consideraba principalmente como filósofo, y en el Estudio Crítico no tuve otro propósito que el de exponer su doctrina. Después de aquel esfuerzo sólo en ese sentido no leengo noticias de que se haya hecho en Cuba nada acerca de lo mismo. Ni para corroborar lo dicho por mí, ni para rebatirlo, ni para adicionarle.

—¿Y le de José Ignacio Rodríguez?

—Bueno, aquello se originó de la forma que le voy a explicar. Antes de empezar yo a escribir sobre don Pepe, existía ya el libro biográfico de José Ignacio Rodríguez, con muchos de cuyos puntos de vista no estaba de acuerdo, suscitándose, como era lógico, el deseo de aclararlos, tanto en él como en mí. Y

—Y cuando dejó El Salvador, ¿qué hizo?

—Pues en aquella época pensaba mi familia enviarme a estudiar la carrera de ingeniero a la Escuela de Troy, en Estados Unidos, pero de buenas a primeras se desechó aquel viaje en proyecto, y ante el fracaso para mi incorporación de la ingeniería me entregué con ardor a estudiar en la Universidad la carrera de Derecho. Llegué en ella al cuarto año, y advino entonces la Guerra de los Diez Años, y abandonando los libros me lancé al campo con mi hermano Julio a pelear por la libertad de Cuba. Estuve en la Guerra Grande los diez años que duró, y al terminar fue que torné a encasillarme con los libros. Al partir para la



Sanguily, visto por Massaguer en 1918.

de ahí vinieron las cartas de carácter político que nos cruzamos Rodríguez y yo y que se publicaron en la Revista Cubana.

-II-

—¿Conserva muchos recuerdos de El Salvador?

—No muchos, porque entré y salí muy pequeño como acabo de decirle. Pero recuerdo que quien me enseñó a leer fue el profesor Luis Felipe Mantilla, que escribió varios textos para la Instrucción primaria. Por cierto que Mantilla, más tarde, fue a morir a los Estados Unidos. Las matemáticas me las enseñó Lebrede; Enrique Piñero me daba clases de latín y de italiano; de inglés, Carlos Risset; de francés, Duplessi y de alemán un sabio polaco, don José Potvietsky.

guerra contaba 19 años y volví con diez más y con las estrellas de coronel sobre mis hombros. Tan pronto como normalizó mi vida nuevamente, fui a España a terminar la carrera, y en el mes de Julio del 78, me gradué en Madrid de Licenciado en Derecho Civil y Canónico. Y fui a graduarme a Madrid, porque allí no se los exigía a los graduados el juramento al Rey y la bandera, cosa que acontecía aquí.

Sanguily hace de nuevo una pausa, mira con sus ojos azules e inquietos a distintas partes de la biblioteca, y después prorrumpo:

—Se me olvidaba decirle que casi toda el tiempo que estuve estudiando en la Universidad libré la subsistencia dando clases en El Salvador, cuya dirección, desde la muerte de don Pepe, la había asumido don José María Zayas. Eran diversas las clases que daba como

Bohemia. Revista semanal. La Habana, ¹⁰²Cuba. Año 61, 1º 22, 30-V-1969.

Una entrevista con don Manuel Sanguily [artículo] Agileo Darías.

Libros y documentos

AUTORÍA

Darías, Agileo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una entrevista con don Manuel Sanguily [artículo] Agileo Darías.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile